

# VARIA

## EN TORNO A UN CORAZON

En la noche del 1.º de Enero de 1387 en el palacio Real de Pamplona, agonizaba un Rey; era Carlos II de Evreux, rey de Navarra, a quien unos llaman «el Malo», mientras otros le apellidan «el Justiciero», abismal disparidad de criterio harto frecuente en la Historia cuando se trata de enjuiciar a los hombres que manejaron pueblos.

A la mañana siguiente, mientras todas las campanas de la vieja Iruña doblaban por su ánima, los peones Zuazu, Irusquieta, Daillo y Olaverri, en el claustro románico de la catedral (no de la actual, aunque sí emplazada en el mismo sitio, sino de la que en el siglo XII consagrara el Obispo D. Pedro de Andagoya, hundida en parte a fines del siglo XV) abrían la fosa en que había de ser sepultado; el rocín del hostelano Pedro Cia, alquilado para ese menester, transportaba la tierra que aquéllos extraían, lo cual da una idea de la mezquindad de las caballerizas reales.

Entretanto, en uno de los aposentos del palacio se ofrecía un macabro espectáculo; sobre una mesa yace un cadáver completamente desnudo; es el de Carlos II, el rey inquieto de azarosa existencia, ya masa inerte y putrescible, sobre la que van a cumplirse sus últimas voluntades. Un hombre, con inconfundibles rasgos semíticos y hebráico atuendo, y que no es otro que el judío Samuel, físico del Rey, armado de acerado cuchillo que le da apariencia de matarife dispuesto a descuartizar una res, raja con mano firme («lo abrió en canal» reza la Crónica) el vientre del monarca; por el enorme boquete del que brotan tumultuosamente las visceras, introduce impasible la diestra hurgando las cavidades reales como si buscase un determinado órgano que ya parece haber encontrado, pues su mano abarca una masa carnosa de la que tira haciéndola emerger a la superficie; es el corazón, que sujeto por los grandes vasos, se resiste a abandonar el recóndito lugar donde latió, impulsado unas veces por la ira, otras por la ambición, también por la clemencia y no pocas, por la pesadumbre, pues la realeza no inmuniza contra el dolor y la adversidad, que no hay mortal que los soslaye.

El judío, sin titubeos, con pulso seguro, secciona arterias y venas; la viscera queda libre entre sus sarmentosas manos, tintas por la real sangre; luego la introduce en uno de los dos picheles (1) que Juan, el estañero del burgo de la Navarrería ha preparado para depositar en ellos los despojos de su Rey y por cuyo trabajo, según consta en la Crónica, cobró treinta y tres sueldos y tres dineros, exigua cantidad que pregona la modestia, tanto del artesano, cuanto de los materiales que se emplearon en la confección de los recipientes que habían de guardar los restos de un soberano.

A continuación, Samuel arranca las entrañas, que mete en el otro pichel, que al igual que el primero, contiene ya el adobo compuesto de mirra, áloe,

(1) Vasijas de estaño.

cicotrin y una porción de drogas más con que habían de conservarse según el procedimiento de la época y servir también para embalsamar el mutilado cuerpo del extinto monarca y cuyos ingredientes había proporcionado por cincuenta sueldos el especiero con ribetes de apotecario Pere de Añorbe. Rociado el cuerpo con agua de rosas, se introdujo en el ataúd, en el que, a pasar de todo, su Majestad no ocupaba más sitio que el de cualquiera de sus vasallos.

La lúgubre faena fué acabada y de ello levantaron el correspondiente testimonio el Escribano de la Real Cámara, cumpliéndose así la primera parte de las disposiciones de Carlos II, que dejaba su corazón a Nuestra Señora de Ujué, las entrañas a Nuestra Señora de Roncesvalles, y su cuerpo a Santa María la Real de Pamplona, estilo muy usado de los Príncipes moribundos del medievo, ese de repartir los despojos de la muerte en diversos lugares a que se extendía su devoción y afecto.

Así quedó partido en tres porciones y por mano de un judío, el cuerpo de uno de los reyes más interesantes y discutidos, tal vez el más, de la dinastía navarra. Conforme a sus deseos, su cuerpo reposa en la Iglesia primada de Navarra; ¿qué fué de sus entrañas? Una pluma autorizadísima escribe sobre ese punto literalmente: «Se ignora el paradero del pichel destinado para Roncesvalles en 18 de Enero de 1387 y entregado ese mismo día a un acemilero del monasterio. Habría llegado sin duda a Roncesvalles, pero aquí no se tuvo la estimación de las entrañas reales que de el corazón en Ujué. Este permanece y los intestinos desaparecieron sin duda por valer mucho menos que el corazón, a pesar de ser ambos del mismo Rey». Y es que hasta entro las visceras hay también sus categorías.

El corazón, después de más de cinco siglos, convertido en informe y deleznable piltrafa, siga según deseo de su poseedor, ofrendado a Nuestra Señora de Uxúa en su basílica de Ujué; el miserable despojo es aquel corazón que se agitó convulso por el furor cuando hubo de mandar ahorcar en el tristemente célebre puente de Miluce, a unos cuantos de sus vasallos que se enfrentaron con su Señor; es el mismo corazón que latió esperanzado en la cárcel de Alleux en que arteramente lo encerrara el Rey de Francia, hasta que fué libertado por unos cuantos bravos caballeros navarros; el mismo corazón que palpitó impulsado por la ambición y la osadía en las plazas de París, enardeciendo con su elocuencia fogosa a los franceses que estuvieron a punto de sentarlo en el trono de San Luis; el mismo corazón que en más de una ocasión sería invadido por la tristeza —nunca por el abatimiento ni el temor— como cuando en 1372 «habiendo comprado ciertos paños de Abraham Hamet, judío de Pamplona, tan exhausta estaba su bolsa que no disponiendo de los treinta y cuatro florines (ni teniendo por lo visto quien le fiase), hubo de dar en prenda tres tazas de plata»; el mismo corazón, en fin, que más de una vez habría de retorcerselo como hombre, para que dictase como Rey.

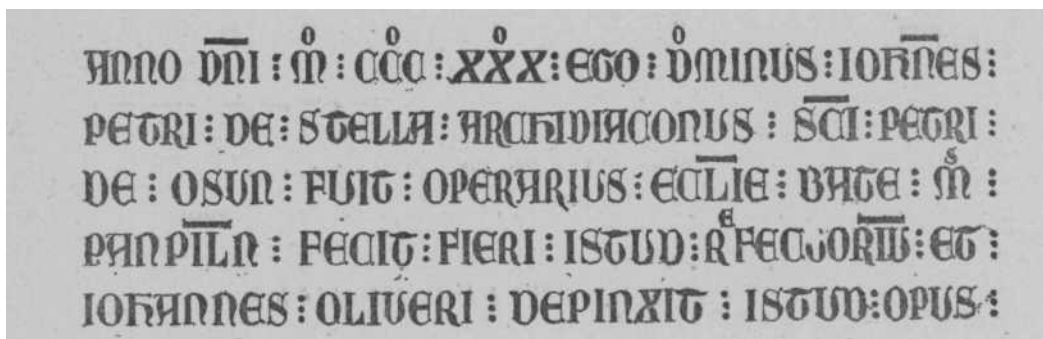
Carlos II de Evreux, Rey de Navarra, como todos los que imparan sobre multitudes, tenía dos corazones: el del hombre, que es el que arrancó el judío Samuel y que convertido en piltrafa sigue ofrendado a la Virgen Santísima de Ujué y el del monarca, que, como un atributo más de la soberanía, hubo de transmitírselo a su hijo y sucesor y que, al igual de tantos otros que

**rigieron** destinos humanos, será siempre un arcano impenetrable, con **lo cual** **no** pretendemos decir que el del hombre sea un libro abierto, ni mucho menos.

F. Z

#### DATOS PARA LA HISTORIA **DEL ARTE** NAVARRO

En los trabajos de limpieza, arranque y restauración de las pinturas del gran refectorio de la Catedral de Pamplona ha aparecido la siguiente inscripción:



Apareció pintada en el marco inferior de la gran composición del tesero, en letra gótica de trazos negros con iniciales de color rojo. El interés de tal descubrimiento, sobre el cual insistiremos otro día, es extraordinario, pues nos proporciona el nombre del pintor, Ihoannes Oliveri; la fecha 1330, y el nombre del constructor del refectorio, Juan Pedro de Estella, Arcediano de San Pedro de Osún.

También en la iglesia del Cerco de Artajona, la elegantísima de San Saturnino, han sido descubiertas pinturas murales de gran interés, entre las cuales han reaparecido las que describe el curioso documento que copiamos a continuación, dado a conocer por el señor Cura-Párroco de Artajona, don Pedro Arteaga.

La inscripción que hay al lado de la epístola desde la puerta de la sacristía hasta el púlpito de la epístola en la iglesia de San Saturnino de Artajona en letra gótica, dice así:

«Aquí está el Rey en su cathedra assentado: Soldados: El Pueblo de Artajona a suplicarle. Que torne este Cuerpo Santo en Tolosa. Aquí sylle el Obispo con sus Canónigos con el Pueblo de Tolosa. El Rey Carlos manda qui torne el Cuerpo de Sant Cerni a Tolossa. Lo pintó Roque el M. Ayno de mil et trecientos et once. Vecino de Pamplona».

Al lado del Evangelio dice así:

«Aquí están los Canónigos de Tolossa en Capitol: Aquí lo aylan los Canónigos a Exuperi. Aquí presenta sant Exuperi el trasoro a los pobres».